

Lizardi: segundo destierro de la ficción de las tierras de la Nueva España

Mirjana Polić-Bobić
Facultad de Filosofía y Letras, Zagreb

Lo que sigue es la primera parte del análisis de las novelas de José Joaquín Fernández de Lizardi, narrador y periodista novohispano que publica a lo largo de las tres primeras décadas del siglo pasado. Se analiza la relación entre el discurso ficcional y la sociedad, establecida en el siglo XVI, que repercutirá decisivamente sobre la posición del texto ficcional en la cultura colonial también en los siglos posteriores.

Nota introductoria

La lectura de todo texto escrito en un pasado más o menos remoto trae consigo el desafío de reconstruir el espacio cultural en que este texto fue escrito. Por otra parte, y a pesar de ello, en todas las literaturas nacionales existen fenómenos que, por ser promovidos a la categoría de pilares de la cultura nacional parecen ser conocidos y analizados. Es el caso del periodismo y novelas de José Joaquín Fernández de Lizardi en la literatura mexicana: el autor ha llegado a representar un monumento de peso considerable y significado determinado en la historiografía literaria hispanoamericana. Ha servido de prueba de muchos aspectos que la historiografía ha tratado de encontrar en la Ilustración novohispana, sobre todo a uno, y es la relación del pensamiento ilustrado con el movimiento ideológico emancipador y las guerras de Independencia. El desafío que un fenómeno tan bien clasificado puede representar al lector contemporáneo proviene de la percepción de las finas diferencias que en su opinión existen entre lo que se ha venido reconociendo como pruebas de las dos características del autor elevadas a nivel de virtudes, a saber, la mentalidad rebelde y educación ilustrada por un lado, y por el otro, su condición de primer novelista americano, y de «lo que de verdad dicen» sus textos. Es decir, se trata de colocar el texto en la posición de fenómeno sintomático que puede servir para aclarar la época y las mentalidades correspondientes, de rescatar una parte del imaginario del hombre de la época, y no de

buscar en él pruebas para la confirmación de las ideas preconcebidas sobre los planteamientos aceptados del desarrollo histórico. La investigación de la mentalidad del criollo del fin de la colonia posiblemente no parezca dar resultados tan atractivos como la investigación de las mentalidades representativas de la época de la conquista y la colonización. Sin embargo, puede aportar a la desmitificación del período histórico en cuestión y a la corrección de la opinión aceptada sobre él, creada por el deseo, típico de los espacios culturales marginales, de representar los fenómenos de su propia cultura de tal manera que se parezcan cuanto más a lo que éste siente como el centro de la esfera cultural a la que pertenece.

I Capítulo

El primer veto a lo ficcional y sus consecuencias

Toda consideración sobre el desarrollo de la novela hispanoamericana parte desde un hecho histórico que lo determina, y es la prohibición de la importación, distribución, impresión y lectura en las Indias de la Real Cédula de Ocaña de 1553. Así se prohíben los

«... libros de romances de materias profanas y fabulosas así como son libros de Amadis y otros desta calidad de mentirosas ystorias.»

Esta orden del Consejo de Indias representó uno de los intentos más obvios, tajantes y, al parecer, tan respetados como irrealizables para evitar en el proceso de transculturación aquello que en Indias pudiera suscitar actitudes mentales o situaciones sociales desfavorables a la constitución de un estado homogéneo, muy poco dispuesto a tolerar en Indias los gérmenes de los conflictos que trastornaban la sociedad peninsular. La circulación libre de la novela peninsular, o la divulgación de la novela americana escrita bajo la influencia de los modelos peninsulares, representaba el núcleo de un conflicto posible.

Las reacciones de la historiografía literaria ante este hecho han estado divididas: la aceptación sin más del capítulo sobre la novela como un libro en blanco, o, recientemente, investigación de lo que realmente ocurría a pesar del bando oficial. Así resulta que los primeros destacan el «*Periquillo Sarniento*», la primera novela de Fernández de Lizardi, como la pionera en su tipo de discurso en la literatura hispanoamericana, adscribiéndole sea el valor literario y papel innovador, sea el documental, lo cual refleja la intención de la política cultural de los jóvenes países americanos que necesitaba obras literarias que perfilan claramente la identidad social, geográfica, cultural o política de las nuevas naciones. Todavía en 1972 Rudolf Grossmann califica otra de las novelas de Fernández de Lizardi. «*La Quijotita y su prima*», como ejemplo de prosa neoclásica:

«... que pretende ser interpretada, más bien, como un trabajo de educación racionalista que como una obra de arte ...» (Grossmann, R.: 1972. 210)

Este juicio representa una de las variaciones de la calificación, o anatema, que en nombre del criterio inmanentista del buen estilo echa Menéndez y Pelayo sobre nuestro autor aún desconociendo sus textos:

«No hemos tenido la ocasión de leer el *«Periquillo»*, que unos enlazan como una especie de Gil Blas mexicano, mientras que otros le tachan de obra groserísima en fondo y forma, lo mismo que otras novelas de su autor, *«La Quijotita y su prima»* y *«Don Catrín de la Fachenda»*. (Menéndez y Pelayo, M.: 1948, 9)

La opinión citada, sintomática de la explicación integrista de Menéndez y Pelayo sobre la cultura de la América hispana, está en contradicción con el criterio de la fidelidad de la narración al modelo descrito y, por consiguiente, del mimetismo que a partir de mediados del siglo XIX se divulga entre los pensadores sociales y culturales en la América Latina como el criterio preferido en que debería apoyarse la literatura de los recién formados países para obtener rasgos decididamente americanos. Esta opinión iba de la mano con la concepción de la obra literaria como producto socialmente útil y liberado de lo que denominaban la retórica de las épocas anteriores. A su vez, ella representaba tan sólo una reformulación sobre la vieja desconfianza contrarreformista en el mundo de la filosofía y la literatura. Analizando esta transformación, dice Costa Lima:

Face ao legado recebido, não seria de esperar que os próceres da independência, ao conquistá-la, tivessem diagnóstico semelhante. Eles não cogitam que odiada metrópole, que ainda há pouco consumira seu sangue e destroçara suas fortunas, lhes tivesse inculcado uma paródia de filosofia e uma literatura exangue. Muito ao contrário, eles próprios filhos desta educação castrante, vêem a colônia de que se querem desgarrar como excessivamente filosofante e literária. Por empenho contra a tradição que buscam varrer, pelas leituras clandestinas que haviam praticado, enfatizam o pragmático, o estudo do útil, do que os libertasse da praga retórica. (Costa Lima, L.: 1986, 148)

A pesar de ello, la anatema echada por Menéndez y Pelayo sobre el estilo chabacano de nuestras novelas ha permanecido justamente gracias a los menoscabos del procedimiento analítico-crítico que juzga el estilo en términos del «bello escribir», aislado de lo mimético, como un valor en sí». Así Luis Alberto Sánchez:

«La *Quijotita y su prima* (1819) no honra a Lizardi como literato ni como sociólogo. En un ensayo moralizante, envuelto en indebido ropaje novelesco, de lo que resultan a mal parar ética y novela, al menos en sus formas expresivas.» (Sánchez, L. A.: 1969, 121)

Jacobo Chenchinsky sostiene opinión parecida:

«Desde su aparición, *«Periquillo Sarniento»* gozó del favor del público: el renombre alcanzado se mantuvo constante y resultó fructífero al arrastrar en su cauce a las otras tres novelas que la siguieron: *«La Quijotita y su prima»*, *«Noches tristes y día alegre»* y *«Don Catrín de la Fachenda»*. Asimismo, las fábulas han conseguido ser publicadas con alguna frecuencia gracias al conjunto compacto que ofrecen y a su utilidad didáctica: también en este caso, por encima de sus cualidades literarias.» (Chenchinsky, J.: 1975: 10)

De manera que a este autor, que vive en las tres últimas décadas del siglo XVIII y las primeras del siglo XIX (1776-1827), se le restan desde un comienzo los méritos literarios. La historiografía literaria no se ha cansado de repetir este juicio prácticamente sin argumentos en su propio favor. Aquellas facetas de sus novelas (a menudo extendidas al conjunto de su producción) que se califican de positivas, o socialmente constructivas, son el realismo de la narración, la descripción de la situación social en los albores de la guerra de independencia, la rebelión, aunque tardía, contra

la prohibición colonial de la libre expresión por medio de un género (novela), y la formación intelectual y política: liberalismo, espíritu independiente, promoción del movimiento de independencia, actitud racionalista y conocimiento de la ilustración francesa y española. Resumiendo, podemos decir que las breves reseñas de cuño positivista que se encuentran en la historiografía literaria hispanoamericana de renombre tradicional (tales como los de Anderson Imbert, Henríquez Ureña, Torres Ríosco, Grossmann y otros) barajan un número de datos que a primera vista parecen instructivos y que abarcan una serie de juicios que quedan sin argumentación, empezando por el «valor literario» del texto y terminando con la conexión, a menudo banalizada, entre la obra y su contexto social.

Lo que desde el punto de vista de la nueva historia y desde la experiencia de las lecturas lizardianas se puede reprochar a la historia de las literaturas nacionales, igual que a los planteamientos comparativistas de la materia que nos proponemos analizar es el deseo, o la necesidad, de clasificar y, por así decirlo, «ordenar» una situación del pasado, que no necesariamente concuerda ni puede prestarse a la clasificación dominada por los juicios ya asentados sobre un campo de la actividad humana en determinada época. Así la lectura de las novelas de Fernández de Lizardi permite reconocer una serie de incongruencias entre las definiciones que las han ido reduciendo a la categoría de símbolos o bien de pruebas de lo que está fuera o lejos de ellas, y lo que se encuentra en los textos. No cabe duda de que en las novelas de Fernández de Lizardi se percibe cierto tipo de vínculo con la Ilustración francesa, al mismo tiempo que semejanzas con ciertas características del realismo específico de la picaresca española del Siglo de Oro. Así, por ejemplo, el modelo de la educación que se propone construir en el «*Periquillo Sarniento*» contiene buena parte de los elementos del modelo propuesto por Rousseau en el «*Emilio*». Por otra parte, el tipo de vagabundo en que se convierte Periquillo Sarniento a causa de la ineficacia del sistema de educación tradicional corresponde al modelo conocido de la novela picaresca. Lo interesante, sin embargo, no es encontrar parecidos, sino definir las especificidades que este modelo adquiere en la novela de Fernández de Lizardi, es decir, en la literatura novohispana en los albores de la Independencia. Por otra parte, Lizardi menciona y cita generosamente a las autoridades de la Antigüedad, de la Edad Media, del Barroco o de la Ilustración: también se refiere a numerosas obras de ficción, unas veces tan sólo para hacer resaltar su propio argumento y otras para apoyar sistemáticamente su propia construcción narrativa en otra narración, de alguna manera ya conocida a sus lectores. Esto ha contribuido decisivamente a que se formara la opinión sobre Lizardi como un profundo conocedor de todo cuanto menciona o cita como fuente de su erudición. Comentando las investigaciones cuantitativas de la compra y venta de libros y su distribución por bibliotecas en Francia en la parte introductoria a «*Il formaggio e i vermi*», Carlo Ginzburg sostiene que la existencia de un libro en cierto lugar en una época determinada no supone necesariamente la influencia del mismo. Por analogía, diríamos que hacía falta encontrar la relación exacta entre las fuentes que menciona nuestro autor y el grado en que estaba familiarizado con su sentido profundo, es decir, entre las características esenciales de los períodos y las corrientes en el pensamiento y la literatura mundiales que pretende o declara haber asimilado, y su pensamiento. Así llegamos a conocer con mayor exactitud no sólo los horizontes cognoscitivos y la mentalidad del autor, sino también las coordenadas que la habían sido impuestas por el medio y la época en que vivió.

La historiografía de la literatura hispanoamericana ha otorgado mucha importancia a la función pionera de Fernández de Lizardi en el campo de la novela hispanoamericana. Esta afirmación debiera sufrir una re-evaluación a la luz de las sistematizaciones recientes de la prosa ficcional colonial. Aunque las autoridades indiscutibles en el medio cultural mexicano, como Mariano Azuela, todavía en 1947 admiten la existencia de novelas anteriores a las de Lizardi, al mismo tiempo se apresuran a afirmar que el criterio del valor documental en sí, tanto como el descuido en que hasta hace muy poco tiempo se había tenido todo lo colonial, ha impedido el desarrollo del interés en ellos y los ha relegado a «nombres y títulos oscuros que hoy día interesan nada más a ratas e investigadores» (cf. Azuela, 1947: 30). El tono despreciativo hace juego con la idea general que el célebre autor promueve sobre el éxito de la novela lizardiana como prototipo de la novedad en una cultura nacional incipiente, que a su modo de ver representa una ruptura tajante con el legado colonial y confirma las posibilidades que la «nueva era» proporciona a las actividades culturales.

La primera sistematización de los textos que representan el cuerpo de la novela americana colonial fue publicada por Cedomil Goic en 1982. No interesa tanto para este propósito la clasificación que propone el investigador chileno, como la explicación que se da de la relación directa entre la función de los textos y la formación de la opinión pública. Independientemente de las diferencias entre las novelas en cuanto género. Goic recalca en una constante visible en las más conocidas («*Claribalte*», «*Los Sirgueros de la Virgen sin original pecado*») que consta en la resemantización de los modelos de los que derivan de tal manera que éste se vuelva propicio para la promoción de motivos portadores de mensajes socialmente deseables. Así que los motivos de amor mundano y de paisaje estilizado e impersonal de la novela pastoril renacentista fueron cambiados en «*Los Sirgueros...*» por la alabanza de lo divino y amor hacia él, esbozado contra el trasfondo del reconocible paisaje mexicano, y su vinculación orgánica con la capital:

«Ya no se trata de la simple contraposición ventajosa con la vida cortesana, todavía válida y puesta en juego en la novela, con énfasis en la vida académica y literaria de la ciudad y con aparentes claves además de su generalidad significativa: se trata de contraponer el género humano caído y la pureza sin mancha, que sólo en la Inmaculada Concepción de la Virgen se actualiza.» (Goic, C.: 1982, 389)

Son evidentes los rasgos análogos entre esta novela y las llamadas «novelas pastoriles a lo divino» (e. g. «*Los pastores de Belén*» de Lope de Vega, o «*Clara Diana a lo divino*» de Bartolomé Ponce de León), que aparecieron en la Península en los comienzos del siglo XVII; sin embargo, tanto los resultados de las investigaciones de Leonard como las de Rodríguez Marín no dan pruebas de la presencia de estas novelas en Indias, mientras que el público indiano pedía y leía «*Diana*» de Montemayor, «*Galatea*» de Cervantes y otras novelas pastoriles «genuinas». Aún dejando la posibilidad de que los textos de Ponce de León y Lope de Vega, u otros, fueran conocidos en Indias y pasaran desapercibidos por los investigadores cuyos resultados son prácticamente infalibles dado que trabajaron con todos los registros de libros que han sido conservados, no dejan de suscitar interés rasgos particulares del mutismo del género pastoril en la novela de Bramón, publicada en 1620. La ciudad, y en particular la universidad como el centro hacia el cual se proyectan los ideales del pastor, tienen el papel central en la constitución administrativa y cultural de los virreinos ultramarinos. El valioso análisis de la historia social de la Nueva España que presenta

el libro de Octavio Paz sobre Sor Juana Inés de la Cruz acentúa la importancia y la lógica interna de todas las componentes de la ciudad en el virreinato:

«El siglo XVI fue el siglo de la evangelización y la edificación. Siglo arquitecto y albañil: conventos, iglesias, hospitales, ciudades. El arte y la ciencia de construir ciudades son políticos. Una civilización es ante todo un urbanismo; quiero decir, más que una visión del mundo y de los hombres, una civilización es una visión de los hombres en el mundo y de los hombres como mundo: un orden, una arquitectura social. Los siglos XVII y XVIII continúan la obra constructora. Plazas, iglesias, ayuntamientos, acueductos, hospitales, conventos, palacios, colegios: las ciudades de Nueva España son la imagen de un orden que abarcó a la sociedad entera, al mundo y al trasmundo.» (Paz, O.: 1982; 52)

El ideal de la Nueva España «hecha para durar, y no para cambiar» (ibid, p. 66), baluarte erigido en contra de la modernidad, es decir, en contra del cambio de opiniones una vez establecidas, perfectamente compatible con la sustitución de unos valores por otros operada en la novela de Bramón, también forma mensaje del texto que Goic define como biografía con tema histórico que esporádica e intencionalmente incurre en préstamos poéticos para lograr amenidad de discurso (cf. op. cit., 374), y G. Bellini, como novela. Se trata de «*Infatunios de Alonso Ramírez*» (1690) de Carlos de Sigüenza y Góngora, donde el personaje principal, Alonso Ramírez, emprende un penoso viaje fuera de las fronteras de la Nueva España sin otro motivo obvio que el identificado como la moraleja del (supuestamente autobiográfico) cuento: todos los problemas que tiene en el viaje, principalmente el inimaginable sufrimiento causado por la crueldad de los piratas ingleses, provienen de la falta de valores morales, de religiosidad y sano juicio de los piratas, hecho que justifica y hace resaltar los valores sociales y espirituales del vasto mundo abarcado por las fronteras de la Nueva España. Cuando las altas autoridades virreinales recomiendan que los infortunios de Alonso Ramírez sean apuntados por el cosmógrafo mayor y ordenan que le sean recompensados los daños causados por el embustero alcalde de un pueblo yucateco su desgracia se ve recompensada, y su sufrimiento obtiene sentido justamente porque acaba en el puerto seguro, en la patria:

«Salíonos a recibir con cariño de Padre, y conduciéndonos a la iglesia nos ayudó a dar a Dios Nuestro Señor las debidas gracias por habernos sacado de la opresión tirana de los ingleses, de los peligros en que nos vimos por tantos mares, y de los que últimamente toleramos en aquellas costas, y acabada nuestra oración, acompañados de todo el pueblo, nos llevó a su casa.» (Sigüenza y Góngora, C.; 1902, 121)

Lo que demuestran las dos únicas novelas publicadas en la Nueva España en tiempo del barroco es el deseo de influir en el lector de tal manera que éste actúe en pro de lo que Maravall llama «autoconservación» de la sociedad barroca:

«Así pues, y en los límites indicados, la cultura del Barroco es un instrumento operativo – producto de una concepción como la que acabamos de expresar –, cuyo objeto es actuar sobre unos hombres de los cuales se posee una visión determinada (a la que aquélla debe acondicionarse), a fin de hacerlos comportarse, entre sí y respecto a la sociedad que forman y al poder que en ella manda, de manera tal que se mantenga y potencie la capacidad de autoconservación de tales sociedades, conforme aparecen estructuradas bajo los fuertes principados políticos del momento.» (Maravall, J. A.: 1986, 132)

Volviendo a «*Claribalte*», novela de Gonzalo Fernández de Oviedo que figura como la primera por orden en la clasificación de Goic, vemos que lo barroco como manera de pensar representa el resultado, o forma cimera, de lo que la autoridad peninsular

proponía para la Colonia desde sus comienzos; los dos textos presentados cumplen de cierta manera la tarea otorgada al texto ficcional en la segunda parte de «*Claribalte*». Los episodios de las dos partes de este libro de caballerías, bastante diferentes entre sí, dirigen la atención del lector hacia aquellas esferas de la vida espiritual de la época (primeras décadas del siglo XVI) que fueron promovidas como socialmente útiles por el tipo específico del historiador-moralista, que vivía en la mayoría de los humanistas de entonces: Guevara, Vives, Mexía, Fernández de Oviedo, y que condenaba «materias de armas y de amores»:

«Compassion es de ver los días y las noches que consumen muchos en leer libros vanos: es saber, a amadis, a primaleon, a durarte, a lucenda, a calixto, con la doctrina de los quales ossare dezir: que no pasan tiempo: sino que pierden el tiempo: porque allí no depende como se han de apartar de los vicios: sino que primores ternan para ser mas viciosos» (Guevara, Fr. Antonio de: «Libro del emperador Marco Aurelio co reloj de principes», cita apud Thomas, H.: 1929, 170)

Son escasísimos los títulos de libros de ficción publicados en América en tiempo colonial: se limitan a tres títulos aparte de los mencionados. Tanto Torre Revello como Leonard sostienen que el número de novelas escritas en América se repasa con creces el número de manuscritos encontrados, explicando el fenómeno mediante un análisis de las circunstancias adversas a la publicación:

«Aún cuando algún escritor laborioso y de talento quería emprender trabajos sólidos y de significación más honda, le salían al paso insalvables dificultades económicas y jurídicas. Era necesario obtener licencia de las autoridades de España para publicar la mayoría de los manuscritos redactados en las colonias. Aparte del tiempo que se perdía en cumplir estos requisitos – que con frecuencia eran de años –, el original que se enviaba a la península estaba expuesto a perderse en el mar y en el papeleo burocrático del Consejo de Indias. Si después de tantos gastos y molestias el autor tenía la suerte de lograr en vida la autorización, se encontraba ante la alternativa de negociar con algún editor peninsular o de recobrar su manuscrito para publicarlo en una imprenta de la colonia.» (Leonard, I.: 1979, 308)

Sin embargo, tanto las suposiciones sobre la producción que quedó en manuscritos como el escaso cuerpo de novelas publicadas y públicamente distribuidas resultan suficientes para que queden inválidas las afirmaciones sobre el papel pionero que hubiera tenido Lizardi en la novelística novohispana y americana, en lo cual no insistimos aquí en cuanto un objeto de curiosidad o prueba de erudición, sino en cuanto un conocimiento previo, imprescindible para la apreciación del contexto en que aparecen «*Periquillo Samiento*» y las subsecuentes novelas de Fernández de Lizardi. Tampoco es correcto definir a éstas como un acto de protesta tardío contra la Real Cédula de Ocaña, con mayor razón si reparamos suficientemente en aquellas partes del texto que acusan la perpetuación de la influencia de ésta, tanto como de la influencia de las condenas de los moralistas españoles del siglo XVI sobre la ficción:

«Más después de todo, yo no he de desairar a V. Vov a escribir una obrita, y ésta no será una novela, sino una historia verdadera que he presenciado, y cuyos personajes V. conoce.» (J. J. Fernández de Lizardi: «*La Quijotita y su prima*», 1942, 12)

Nos encontramos de nuevo con la prueba de la longevidad del procedimiento utilizado en la novela en castellano a partir del Siglo de Oro: recurso a la convención de que el argumento de la novela se basa en el acontecimiento real que en aquel entonces por regla llegaba al conocimiento del lector por medio del hallazgo de algún

manuscrito olvidado y de la convicción, que se nota entre los lectores a partir del siglo XV, de que lo que está impreso necesariamente dice la verdad.

Todo este cuestionamiento del mito construido alrededor de Lizardi en favor de un conocimiento más objetivo y desde un punto de vista relevante empezó en 1914 gracias a un artículo de Alfonso Reyes sobre la postura de la crítica nacional hacia el escritor. Reyes sostiene que el nombre de Lizardi llegó muy pronto a representar un símbolo nacional y que el juicio de la crítica sobre él por lo mismo ha sido impreciso; que la exorbitante subida del precio del cuarto libro de «*Periquillo Sarmiento*» desde que el bando virreinal lo había prohibido (gracias a la idea que promovía de la abolición de la esclavitud) no correspondió al interés por el texto, sino que más bien demuestra la centenaria tradición del gusto por lo prohibido en una sociedad fuertemente estigmatizada por la censura y a la vez tradicionalmente ignorante en materia de escritos que forman su propia herencia y contemporaneidad.

Emprender hoy la deconstrucción de la opinión aceptada a lo largo de los años sobre un fenómeno que como el que nos interesa varía entre el mito y el lugar común (y está en las bases mismas de una identidad social y cultural) no supone su derogación a toda costa, sino la inauguración de punto de vista alternativo: el de considerar un texto, o todos los textos de un escritor como síntoma del tiempo, como la parte de una totalidad desvanecida en el pasado, que a través de ellos tratamos de re-construir y conocer profundamente. En el caso de nuestro escritor no intentamos derogar el mito, sino comprender como y por qué un texto, o una actitud individual, pudieron ser comprendidos o mistificados de determinada manera. Ello debería ayudarnos a comprender la formación de la visión que a través de ellos la época dada y las subsecuentes tenían y querían dejar de sí.

Nuestro propósito no puede prescindir de aquellos elementos formativos de la tradición en que se inscribe la obra literaria de Lizardi, en primer lugar de los procedimientos de la política cultural tridentaria hacia la Colonia, dirigida desde la metrópoli a lo largo del período colonial, que entre otras metas se había propuesto construir un armazón alrededor de la imaginación del lector potencial de los libros de ficción. Dentro del marco de la subyugación de todo un vasto continente puede parecer que se ha sobreestimado la relevancia de un segmento tan poco importante de la vida como lo es la lectura de novelas. Sin embargo, los principios tanto como la práctica con respecto al tema revelan qué fue lo que consideraba como daños latentes y manifiestos causados por una transculturación ilimitada y libre. El problema nos remonta hacia lo que podemos denominar los comienzos de América en la conciencia y lo imaginario de los europeos, y hacia las formas – que muy pronto aparecen – de combate en contra de los puntos peligrosos de este imaginario.

En los comienzos del siglo XVI el Nuevo Mundo representa el arca sin fondo de promesas y campo abierto para invenciones: los pensadores sitúan allí sus utopías. Fernando Aínsa ha estudiado la necesidad que tenía la utopía de verse en un espacio remoto, y su conexión con geografía americana:

«Sólo la condición de espacio remoto y aislado permite garantizar la viabilidad y la credibilidad de la utopía, imposible de imaginar en el centro de la sociedad en la que se proyecta. Esta auténtica «terapia de la lejanía», como la ha bautizado Daniel J. Boorstin al hablar de la motivación de los primeros colonos ingleses en América del Norte, ha funcionado siempre como base en la decisión de poner una distancia real entre la sociedad que «es» y la del «deber ser». (...) El mismo esquema – la

posibilidad de empezar «desde cero» – se repite en la América hispana. Ninguna otra región del mundo al ser descubierta o «encontrada» ha sido bautizada Nuevo Mundo, privilegio de un título que le ha dado carta blanca para ser el espacio de la posible utopía. La historia de la utopía aparece, pues, íntimamente ligada a la de la realidad americana.» (Aínsa, F.: 1984, 27-28)

Los reyes de España y Portugal ganan allí nuevos territorios y súbditos, se hacen los dueños del mundo, y divulgan la religión católica, lo cual sus soldados toman como lo más natural del mundo. En la introducción al estudio sobre la hechicería en el Brasil colonial, Laura de Mello e Souza analiza los móviles de la conducta de los que realizaron los descubrimientos y la conquista portuguesa desde el punto de vista de la historia de las mentalidades que, dadas las constantes en la mentalidad del hombre europeo occidental estudiadas por los campeones de la *nouvelle histoire*, podemos tranquilamente extender al caso español:

«A expansão ocidental caracterizou-se pela bifrontalidade: por um lado, incorporavam-se novas terras, sujeitando-as ao poder temporal dos monarcas europeus: por outro, ganhavam-se novas ovelhas para a religião e para o papa. (...) Tornou-se lugar comum afirmar que a religião forenceu os mecanismos ideológicos justificatórios da conquista e colonização da América, encobriendo e escamoteando as atrocidades cometidas em nome da fé. É incontestável que assim foi. Mas se tanto foi dito acerca das relações entre infra-estrutura e supraestrutura, quase não se procurou esmiuçar o mundo complexo da religiosidade. Nunca é demais lembrar que o fim da Idade Média e os incícios da Época Moderna caracterizaram-se por uma religiosidade funda, exacerbada, cheia de angústia. Portanto, sem que os propósitos materiais fossem acanhados, christianizar era, de fato, parte integrante do programa colonizador dos portugueses diante do Novo Mundo. Mais do que isto: patre importante, dado o destaque que tinha a religião na vida do homem quinhentista.» (Mello e Souza, L.: 1987, 32-33)

Los primeros misioneros españoles en el Nuevo Mundo, de la orden de San Francisco, procuraron realizar allí las comunidades basadas en los axiomas de igualdad del cristianismo primitivo, sin éxito porque entraban en conflicto con la administración virreinal. Los intelectuales desprestigiados buscaban cómo llegar allá disfrazados de funcionarios públicos. Los mismos soldados de las primeras expediciones colonizadoras trataban de retener los privilegios ganados en un comienzo, pero los mecanismos de la administración real y luego virreinal supieron filtrar, o canalizar esta multitud de deseos e imponer sólo aquellas formas que aseguraban su poder sobre tanta variedad de esperanzas vinculadas con el Nuevo Mundo:

«Con prudencia, tenacidad y acierto que no se repiten muchas veces en la historia del Estado español, logró éste, al cabo de medio siglo, canalizar las energías de la naciente sociedad ultramarina, modificar los bruscos impulsos de ésta y encajarla satisfactoriamente – por fin – en el vasto sistema político de la monarquía española.» (Vicens-Vives, J.: 1979, vol II, 322)

Mientras que parecen evidentes los peligros que se seguían para el estado de la inicial soberbia de los primeros criollos, de las comunidades religiosas que podían llegar a representar un estado dentro del otro, de la suprimida memoria colectiva de la población indígena, o de las utopías políticas o sociales, no es así con el discurso ficcional. Su influencia no se percibe en ninguna de las esferas visibles de la vida social, no se pueden señalar con el dedo las frecuentes y numerosas consecuencias de la lectura de historias que hablan sobre las aventuras de algún príncipe de un reino perdido en la historia, o bien, construido por la imaginación.

Del estudio de Irving A. Leonard sobre el comercio de libros entre España y América se ve que a pesar de la prohibición los lectores en el Nuevo Mundo conocían todo lo que se leía en la Península, que las primeras oleadas de los colonizadores

llevaban consigo los libros que les interesaban, y que una vez en América, ellos, o sus descendientes, pedían a los libreros sevillanos cantidades considerables y se las arreglaban para que les llegaran subrepticamente también los títulos prohibidos. Sabemos que eran los libros de caballería los que campeaban entre ellos. Leonard insiste en que la popularidad de los libros de caballería en la primera mitad del siglo XVI sobrepasaba la de las novelas policíacas en los años cincuenta y sesenta de nuestro siglo, que tanto Carlos V como el más humilde de sus súbditos gozaban de estas lecturas, y que el género caballeresco marcó profundamente las mentalidades y hábitos de sus lectores. Lo que de esta tesis suya, elaborada también en otra parte (Maravall, por ejemplo, sostiene que toda la política exterior de Carlos V estaba marcada por los principios cristianos derivados de sus juveniles lecturas caballerescas) interesa para nuestro propósito es aquel segmento que se refiere a la relación directa entre lo imaginario de los generalmente poco instruidos colonizadores del Nuevo Mundo y la manera en que comprendían las historias de los caballeros andantes:

«La adquisición de fama y fortuna por el esfuerzo personal, confirmando así la fe que como individualista tiene el español en sí mismo; el triunfo que generalmente alcanzaba el héroe como «emperador de Constantinopla» o como monarca de algún otro reino exótico o de alguna isla encantada: y finalmente, la antojadiza geografía que embarcaba estas novelas con sus regiones vagamente localizadas, sus pomposas ciudades y sus archipiélagos mágicos. La aparente historicidad de estos relatos y la enorme expansión del horizonte físico que resultaba de los recientes descubrimientos en Africa y en el Nuevo Mundo, hacían verosímiles las fantasías con que los escritores pudiesen salpimentar sus obras.» (Leonard, Irving A.: 1979, 35)

Varios elementos contribuyeron a esta forma simbiótica en que veían el mundo circundante los colonizadores. El hecho de que un texto estuviera impreso y no manuscrito le daba en aquella época veracidad indiscutible: Leonard menciona el caso de la confesión de un monje ante Melchor Cano, donde aquel expresa su seguridad en la veracidad de los libros de caballería «puesto que se hallaban en letras de molde» (ibid., p. 39).

Otro segmento de los procesos mentales del hombre medieval que se empeña hasta el máximo en el acontecimiento de la Conquista, es la acoplación de éste a la totalidad de su imaginario, formado previamente en Europa. Las investigaciones de este campo demuestran que el conquistador, independientemente del grado de su educación, en el Nuevo Mundo veía tan sólo lo que confirmaba sus ideas preconcebidas. Todavía antes de que se divulgara la idea sobre el descubrimiento y la conquista como actos divinos, las impresiones y conclusiones apuntadas por los primeros europeos al llegar a América revelan la tendencia de ver lo que se está buscando; así Colón, después de haberse apartado de las costas canarias, trata de sugerir a sus marineros (y a sí mismo) que todas las señales (apenas visibles) indican la proximidad de tierra firme que están buscando, y que, una vez en la tierra, todo indica la proximidad del oro: «*sa conviction est toujours antérieure a l'expérience*» dice Todorov en «*La Conquete de L'Amérique*» (p.28). Tanto él como Sergio Buarque de Holanda y otros investigadores de los cambios, o ajustes, en lo imaginario del europeo causados por el descubrimiento del Nuevo Mundo elaboran la distinción que éste hace entre la naturaleza y los aborígenes: mientras que aquélla se edeniza, lo cual se instrumentaliza tanto para la justificación de la conquista como para la propagación de la emigración a los territorios ultramarinos, éstos resultan ser demonizados por distintas vías y razones. Tanto Colón como el resto de los primeros testigos hablan en superlativos sobre la belleza, riqueza y grandiosidad de la tierra

descubierta: la opulencia visible en todo (innumerables tipos de aves, fruta, fuentes de agua dulce, etc.) resulta propicia para la elaboración y justificación de la religión como base ideológica de la empresa. Investigando la historia de esta edenización de la naturaleza americana, la historiadora brasileña Mello e Souza traza toda una línea existente de las explicaciones que se remontan al primer cuarto del siglo XVIII, a las tesis de Rocha Pita, que se basan en la incorporación de los productos cultivados en la colonia a la esfera de lo sagrado por fray Vicente do Salvador en el siglo XVI:

«Frei Vicente justificava a lide colonizadora através da religião: dentre os productos cultivados na colônia, figuravam o pão e o vinho, necessários ao sacramento da missa. (...) O primeiro (e. g. Rocha Pita), em passagem célebre, descreve a flor do maracujá associando-a à paixão de Cristo: «misterioso parto de natureza, que das mesmas partes que campôs a flor, lhe formou os instrumentos da sagrada paixão.» (Mello e Souza, L.: 1987, 34-35)

Esta actitud, tanto como la disposición mental positiva de los colonizadores, se explica como aceptación del nuevo territorio en función de las migraciones geográficas relativas a la concepción del paraíso terrenal en lo imaginario de los hombres europeos. La nueva tierra desconocida acusaba suficientes características edénicas para poder servir de una nueva concretización del lugar del Paraíso Terrestre, que se desplazaba en la imaginación del europeo conforme Europa ampliaba sus conocimientos geográficos. La idea de América como Purgatorio, o «Tercer Mundo» (como la llama Martín Lutero) que la iglesia utilizaba para justificar los sufrimientos que padecían los colonos a causa del clima, de las dificultades de las campañas, del trabajo, o el miedo a los animales, no estaba en desacuerdo con la edenización inicial. Al mismo tiempo, el elemento humano aborigen fue demonizado a pesar de que, por ofrecer un ejemplo, Colón admiraba la belleza y armonía de la constitución física de los indios. Esta minusvaloración, que vuelve a destacar el siglo XVIII, tiende a ser vista hoy no tan sólo como resultado de la mentalidad racista europea, sino como consecuencia de la convicción europea de que los habitantes de las tierras lejanas, aunque antropoides, pertenecen a la prole de monstruos, igual que el unicornio, los dragones, Satanás, etc. El hecho de que en la conciencia del europeo estos seres monstruosos estaban situados en las márgenes del mundo (lo cual permitía la jerarquización de los espacios geográficos de tal manera que Europa quede en el centro, confirmada por lo mismo como «normal») justificaba a su vez la colonización como una especie de proceso de aproximación de estas márgenes a la civilización. Lo complejo de la situación, dada la presencia de la esclavitud, injustificable por el principio de la igualdad cristiana, tanto como las diversas formas que tomaría la soberbia de los inmigrantes blancos para con el poder oficial, su avidez instigada por la riqueza americana, constituían dos puntos extremos, pero eficaces para una paulatina demonización de América por parte de los moralistas. Lo que se buscaba era cómo reducir a lo socialmente deseable la enorme energía y entusiasmo de los conquistadores de América, su «fe en lo imposible» como dice Leonard (p. 43) fomentada por la interacción simultánea de lo leído y lo vivido. Como empezar a modelar al ciudadano leal de un material poco propicio para ello? Uno de los primeros pasos al respecto fue prohibir las «historias mentirosas» cuyos motivos fantásticos, de acuerdo con la convicción casi general de que lo que está en libros impresos debe ser verdad, explicaban a sus lectores (u oyentes) el nuevo mundo en que se encontraban y comprobaban las infinitas posibilidades que éste supuestamente ofrecía al individuo:

«La exaltación de un pueblo ebrio de triunfo e imbuido de fen un privilegiado destino facilitó la crédula receptividad para los relatos ficticiosos, tanto de los exploradores como de los novelistas, y no había mayor interés en hacer distingos entre unos y otros.» (Leonard, I.: 1979, 44)

La conclusión de Leonard, basada en la investigación de varios testimonios contemporáneos de esta recepción ambivalente, explica la necesidad de los moralistas contemporáneos de condenar los textos propicios para el enaltecimiento de la individualidad. Así Juan Luis Vives en «*Instrucción de la mujer cristiana*»:

«Las mas de las veces la causa de aprobar los tales libros es porque veen en ellos su vida como en un retablo pintada.» (Vives, L.: 1524, cap. V, 34)

Los primeros registros conservados de los libros enviados a Indias desde Sevilla demuestran que los libros en que la vida se veía «como en un retablo pintada» representaba un porcentaje importante de toda la mercancía enviada, y que no se limitaba tan sólo a los libros de caballería. De los registros existentes del año 1583 se ve que el 70% de los libros enviados consistía de textos de índole teológica, religiosa, y que el restante 30% consistía de todos los géneros ficcionales existentes en la Península: picaresco, pastoril, de aventuras y caballerías. De modo que lectores y lectura de «libros mentirosos» obviamente había. Luis González Obregón en «México viejo y anecdótico» relata en varias anécdotas como se codiciaban entre sí los ejemplares del Quijote los miembros de la alta sociedad novohispana, despreocupados por las prohibiciones, que, como en tantas otras ocasiones, valían sólo para los que «sufrían» la justicia, y no para los que la representaban y distribuían, o los que hacían posible esta distribución (cf. González Obregón, 1960). Sin embargo, el libro de Leonard proporciona datos en los que, según parece, no se repara tanto como en los tocantes a los libros de ficción: de una lista de libros enviados a Nueva España en 1600, que contiene 678 libros, los 115 títulos sobre temas teológicos y eclesiásticos no acusan la recepción de los grandes escritores religiosos de la época:

«La ausencia de los grandes místicos españoles y la escasez de trabajos de pura devoción indican que los clérigos de la colonia se preocupaban más bien por los aspectos formales, expositivos y polémicos del cristianismo católico.» (Leonard, I.: 1979, 246)

La tarea y el espíritu misioneros por un lado, y la decisión del poder eclesiástico de no fomentar más que lo que desde su campo de trabajo y su perspectiva apoya la razón de estado por el otro, repercutieron con un vacío, una falta casi absoluta de creatividad en este campo, casi análoga a la falta de creatividad en el campo de la ficción. Aunque al parecer heterogéneas, estas dos actividades intelectuales y creativas, cada una con instrumentos distintos, pueden poner en duda, por la misma libertad con que se desenvuelven respecto a los cánones, algo – o casi todo – de aquello que pudiera convertirse en, o servir de comienzo, de crítica de las instituciones. Igual que los prosistas del Siglo de Oro no tuvieron seguidores en la España de ultramar, la multiforme influencia erasmista en la literatura devota peninsular no pudo encontrar contrapartida creativa en el Nuevo Mundo. Los libros más frecuentes en la lista mencionada del año 1600: «*Summae Silvestrinae*» de Silvestro Mazzolini. «*Advertentiae scholasticae*» de Vellosillo y «*Fortalitium*» de Alfonso de Espina, guías para los feligreses, podían contribuir exclusivamente al perfeccionamiento del tipo de conducta deseado. Todorov entiende la finalidad de la labor educativa de un Sahagún y sus compañeros exclusivamente como una manera más, aplicada a otro nivel, para conseguir lo mismo:

«Les progres rapides des étudiants mexicains provoquent autant d'hostilité dans le milieu ambiant que l'intérêt des moines pour la culture des autres. Un certain Gerónimo López, après avoir visité le collège de Tlatelolco, écrit à Charles Quint: «Il est bon qu'ils sachent le catéchisme mais savoir lire et écrire est aussi dangereux que d'approcher le diable»; et Sahagún explique: «Lorsque les laïcs et les religieux furent convaincus que les Indiens progressaient et étaient capables de plus encore, ils commencèrent à contrecarrer l'affaire et à soulever beaucoup d'objections dans le but d'empêcher qu'elle se poursuivît.» (Todorov, T.: 1982, 226)

De esta manera se perfilaba cada vez más agudamente la función destinada al texto literario escrito en la cultura colonial: la rectitud moral, religiosa y política, que en primer lugar y en una primera fase evadía, o combatía, las posibles polémicas, cambiaba poco a poco, a lo largo de las décadas y los siglos, hacia un laudatorismo que paulatinamente asumió por completo función afirmativa. Al analizar los caminos por los que pudo llegar Sor Juana Inés de la Cruz, (aún siendo hija ilegítima, mujer y monja) a imponerse como primera y prácticamente única figura literaria del barroco americano, O. Paz explica las circunstancias mencionadas como ventaja en el medio dado, justamente porque el espacio en que se desenvolvió la autora necesitaba de la mentalidad que de alguna manera sabía y podía mantener la posición de súbdito y a la vez alabar la grandeza de todo aquello que encarnaba y representaba el amo:

«El interés de estos textos no es exclusivamente estético; también es histórico. Son documentos de una sociedad y deben estudiarse dentro del sistema de símbolos con que, simultáneamente, esa sociedad se oculta y se revela.» (Paz, O.: 1988, 252)

La «intransigencia en materia de opiniones y creencias» y el «vigor con el alma y sus desvaríos», como en otro lugar define la actitud de la sociedad colonial el mismo autor, tuvo por consecuencia la deseada unanimidad ideológica de los escasísimos ejemplos de discurso ficcional que (por lo mismo) encontraban manera para poder ser impresos y circular sin estorbos, o – lo más frecuente – se escribían por encargo. La exactitud investigadora en materias de circulación del libro peninsular en América no ha podido ser ampliada por una investigación de la circulación del libro americano en América. J. Torre Revello publica los datos encontrados sobre los libros recogidos (y no americanos), y no sobre los publicados, porque no pudo encontrar datos ciertos sobre la distribución, venta, compra y lectura (cf. Torre Revello, 1940, cap. I, pp. 72-73). Los ejemplos mencionados de textos de prohibición de impresión o divulgación de ciertos títulos, por más inocentes que fueran, proporcionan material precioso para la investigación de la censura y dejan constancia de alguno que otro título recogido, lo cual confirma que el título en cuestión circulaba entre los lectores. La posterior pérdida de muchas bibliotecas conventuales y privadas, mencionadas, e. g., en escritos de los viajeros ilustres (cf. Humboldt y Gemelli Carreri) y por otras fuentes representa otro obstáculo al conocimiento de la circulación y recepción del libro colonial. Volviendo a la constatación de Ginsburg, a su vez análoga a la de Robert Darnton, de que la presencia de un libro en determinado ambiente no significa automáticamente su recepción, debemos admitir que nuestros conocimientos sobre la circulación y recepción del libro colonial resulta ser muy pobre. Aquí excluimos, por tratarse de un campo distinto, la circulación de los textos científicos, es decir, resultados de investigaciones individuales (el ejemplo más conocido es el de Sigüenza y Góngora, el Padre Kino y algunos otros científicos europeos de la época) de la que sabemos por cartas conservadas o por terceras personas. Por lo tanto, lo único que queda como cierto es, considerada un poco en general, la intención de tales libros. Los resultados de esta

«batalla de los libros» resistente al paso de tiempo, se harían sentir mucho después de haber sido llevada al cabo. Una de las pruebas de ello está en las tres novelas que en las primeras décadas del siglo XIX, al despuntar la nueva era para la América española, quieren ponerse al servicio de la implantación del nuevo orden social.

LIBROS CITADOS

- Aínsa, Fernando: *Tensión utópica e imaginario subversivo en Hispanoamérica* en *Anales de literatura hispanoamericana*, Univ. Complutense, Madrid 1984, pp. 13-37
- Anderson Imbert, Enrique: *Historia de la literatura hispanoamericana*, FCE, México 1974, Vol. I, Cap VII
- Azuela, Mariano: *Cien años de la novela mexicana*, Botas, México 1947
- Bellini, Giuseppe: *Historia de la literatura hispanoamericana*, Cátedra, Madrid 1985
- Bramón, Francisco: *Los Sirgueros de la Virgen sin original pecado*, UNAM, Bibl. del Estudiante, México 1944
- Buarque de Holanda, Sergio: *Visão do Paraíso - Os motivos edênicos no descobrimento e colonização do Brasil*, Sao Paulo, Editora Nacional 1969
- Costa Lima, Luiz: *Sociedade e discurso ficcional*, Guanabara, Rio de Janeiro 1986
- Chenchinsky, Jacobo: *Estudio preliminar a las obras de José Joaquín Fernández de Lizardi, Vol. I: Poemas y fábulas*, UNAM, Mexico 1963
- Fernández de Lizardi, José Joaquín:
La educación de las mujeres o la Quijotita y su prima, Cámara mexicana del libro, México 1942
Periquillo Sarniento, Editora Nacional, Madrid 1976
Don Catrín de la Fachenda, Porrúa, México 1959
- Ginsburg, Carlos: *Il formaggio e i vermi*, Giulio Einaudi editore, Torino 1976
- Goic, Cedomil: *La novela hispanoamericana colonial* en *Historia de la literatura hispanoamericana, Tomo I*, Cátedra, Madrid 1982
- González Obregón, Luis: *México viejo y anecdótico*, Espasa-Calpe, Col. Austral, 1960
- Grossmann, Rudolf: *Historia y problemas de la literatura latinoamericana*, Revista de Occidente, Madrid 1972
- Henríquez Ureña, Pedro: *Las corrientes literarias en la América hispánica*, FCE México 1969, capítulos IV y VII
- Historia social y económica de España y América, Vol. II*, Vicens-Vives, Barcelona 1979
- Humboldt, Alexander von: *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, Porrúa, México 1984
- Juttner, Siegfried: *The Status of the Writer*, en: *Proceedings of the Seventh International Congress of the Enlightenment*, The Voltaire Foundation, Oxford 1987
- Leonard, Irving A.: *Los libros del Conquistador*, FCE, Mexico 1979
- Maravall, José Antonio: *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento*, Instituto de estudios políticos, Madrid 1960
La cultura del barroco, Ariel, Barcelona 1986
- Mello e Souza, Laura de: *O Diabo e a Terra de Santa Cruz*, Companhia das Letras, Sao Paulo 1987
- Menéndez y Pelayo, Marcelino: *Historia de la poesía hispanoamericana, Tomo I*, CSIC, Madrid MCMXLVIII
- Paz, Octavio: *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, Seix Barral, Barcelona 1988
- Reyes, Alfonso: *El Periquillo Sarniento y la crítica mexicana*, «Revue Hispanique XXX», (1914) pp. 5-15
- Rodríguez Marín, Francisco: *El Quijote y Don Quijote en América*, Madrid 1911
- Sánchez, Luis Alberto: *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*, Gredos, Madrid 1968
- Sigüenza y Góngora, Carlos de: *Infortunios de Alonso Ramírez*, Colección de libros de América, Vol XX, Madrid 1902

- Thomas, Henry: *Spanish and Portuguese Romances of Chivalry*, Cambridge University Press 1920
Todorov, Tzvetan: *La Conquête de l'Amérique – la question de l'autre*, Seuil, Paris 1982
Torre Revello, José: *El libro, la imprenta y el periodismo en América en tiempo de la colonia*, Buenos Aires 1940
Torres Ríoseco, Arturo: *Historia de la literatura iberoamericana*, Las Americas Publishing Co., New York 1965

LIZARDI, ILI O PONOVNOM IZGONU PRIČE IZ NOVE ŠPANJOLSKE

Tekst je prvi dio opsežnije rasprave o romanima meksičkog romanopisca i novinara Joséa Joaquína Fernández de Lizardia koji je pisao i objavljivao u Meksiku, u potkraljevstvu Nove Španjolske, u prvim desetljećima XIX. stoljeća. Analiza nije zamišljena kao monografija, nego kao pokušaj uvida u jedan problem, u jednu simptomatičnu pojavu koju sagledavamo u okviru odnosa između narativnog diskursa i društva u zadnjim desetljećima kolonijalizma u Americi. Budući da je povijest knjige i tiskarstva općenito, a osobito povijest lijepe književnosti, od početka kolonije bila određena razmjerno strogim odredbama Vijeća za Indije, u ovom poglavlju raspravlja se o njima i o tekstovima španjolskih autora koji su takove odredbe podupirali. Književnost kolonijalne Amerike do osamdesetih godina našeg stoljeća bilo je jedno od slabo i rijetko proučavanih razdoblja hispano-američke povijesti, pa i povijesti književnosti, tako da su u povijesnim pregledima ili pak u monografskim analizama tog razdoblja vrijedile odredbe koje se u novijim analizama pokazuju kao prilično ranjive. U tekstu se ukazuje na taj splet početnih i odlučujućih okolnosti, jer držimo da su osobine Lizardievih narativnih tekstova, odnosno veze između njih i čitateljstva – kao i svih ostalih tekstova kolonijalne književnosti – uvjetovane društvenom i kulturnom klimom koju su ove stvorile.